

N.º 7 — 2020

PATRIMONIO

Revista de la
Comisión del Patrimonio Cultural de la Nación



RESIDENCIA DE LA MÚSICA

La casaquinta Pietrafesa-Bonnet

Nelson Inda

Existen privilegiados lugares de Montevideo que guardan y generan historias que trascienden su ámbito y se transforman, sin buscarlo, en tesoros culturales muchas veces invisibles o desconocidos. Ámbitos espaciales y especiales cargados de contenidos culturales pueden prefigurarse como estructuras territoriales, productos arquitectónicos o modos de producción, que tienen la cualidad de permitir e interpretar un presente cargado de prestigioso pasado, nos predisponen y nos sugieren propuestas de *por-venir*.

El patrimonio cultural es aquello que proviene del pasado y estamos dispuestos a mantener y revalorizar para legarlo a la siguiente generación. Una demostración de esta aseveración es la casaquinta Pietrafesa Bonnet, emblema de la música cultivada, con tanta trascendencia identitaria como la puede tener el bar El Hacha donde el Hueso Pérez escribió la *Retirada de los asaltantes* o Durazno y Convención, la esquina de Jaime Roos, para referirnos a la música popular...

Localizada en el barrio Prado de Montevideo, la casaquinta, ya centenaria, fue levantada por uno de los tantos inmigrantes europeos que forjaron el país en la segunda mitad del siglo XIX. Hoy se mantiene y se conserva en su estructura original, con pocas modificaciones interiores, sin mostrar una visión superficial y poco imaginativa del valor histórico que atesora.

EL ÁREA DEL MIGUELETE Y EL PRADO

Montevideo fue fundada oficialmente en 1730, al realizarse la delineación y el reparto de solares. Como toda ciudad indiana, estaba conformada por un área urbana –la propia ciudad– y un entorno integrado por las necesarias tierras –los propios–, imprescindibles para el sustento de la población. Paralelamente al fraccionamiento de la ciudad, se realizó el reparto de las fértiles tierras próximas a Montevideo: las llamadas chacras, con frente al arroyo *de los Migueletes*. Un viajero francés, que las visitó alrededor de 1770, admiró una de ellas, llamándola “huerto delicioso formado de manzanos, durazneros, perales e higueras, plan-

tados en filas regulares, con excepción de la del centro, que tiene más de media legua”.

Casi un siglo más tarde, las familias montevideanas que se habían instalado en sus chacras y en sus quintas huyendo de la Guerra Grande –o Primera Guerra Mundial– y de la fiebre amarilla, nunca dejaron de retornar a sus “casas-quintas del Miguelete”, constituyendo una tradición de prestigio social hasta muy entrado el siglo XX.

La parcelación de las chacras en quintas y la estructuración de los caminos de acceso a Montevideo, como el de Paso Molino o el de Suárez –pues en él se localizaba la quinta solariega del expresidente–, formalizan, junto con el Parque del Prado, uno de los singulares y caracterizados barrios montevideanos.

Montevideo se desarrollaba luego de la Guerra Grande, en todo sentido. El peso de la inmigración y sus relaciones atlánticas con Europa le otorgaban especiales características productivas, económicas, sociales y también culturales. Los extranjeros superaban en número a los españoles o americanos en los últimos diversos decenios del siglo XIX. La dinámica de una inmigración europea ansiosa del negocio financiero o simplemente *hacerse la América* se instalaba en una tierra que prometía ganancias y mejor nivel de vida que en tierras natales.

Siguiendo a los inmigrantes franceses y vascos, mayoría de la población luego de la Guerra Grande, los bearneses de los Pirineos, con su tradición de libertad política e intelectual, se trasladaron a Montevideo para rehacer sus vidas. Comerciantes en su origen, desarrollaron un sinnúmero de actividades en su nuevo país y mantuvieron el aristocrático gusto por la mejor cocina, el buen vestir y la cultura musical. El prestigio francés es indudable en infinidad de actos y actividades y, junto a otros inmigrantes prósperos, constituirán la burguesía constructora de nuestra nación.

Entre los inmigrantes nativos del Bearne, llegó a nuestra tierra el joven Paul Pouyanne, procurando una vida digna y económicamente sustentable. Con él, importó la cultura francesa y la sensibilidad por la horticultura, la floricultura y el paisajismo. Instalado en la calle Veinticinco de Mayo de la Ciudad Vieja, con 27 años y ya casado,





Una de las salas de la casaquinta

adquirió un terreno en el Camino Suárez, en el año 1867. Años más tarde, allí construyó una armónica edificación en el estilo bearnés, hasta hoy mantenida en toda su calidad singular y con una relación con el entorno urbano de características singulares. Su opción no es extraña, dado que, luego de la Guerra Grande y antes de la crisis del noventa, es un momento de auge económico e inmobiliario, las clases económicas elevadas levantaban sus residencias en la ciudad y en sus alrededores prestigiosos como el Prado, Atahualpa e incluso Paso Molino.

EJEMPLO PARADIGMÁTICO

El armónico edificio que se vislumbra desde la actual avenida Suárez es un recinto testimonial, tanto por sus valores arquitectónicos y paisajísticos como por su significación en la vida cultural del país. Constituye una muestra real y concreta de un modo de entender, construir y brindar cultura. Bajo el impulso del matrimonio Pietrafesa-Bonnet, descendientes del primer propietario, se transformó, durante décadas del siglo XX, en un referente ineludible de la vida musical montevideana.

Usada y equipada por el Dr. Juan Carlos Pietrafesa y su señora Renée Bonnet Pouyanne, por su actividad musical y artística fue bien llamada la Quinta del Arte, al ser el espacio en que se reunían músicos, musicólogos, artistas y prestigiosos visitantes extranjeros, en todas las oportunidades en que el arte, y la música culta en particular, era

motivo de intercambio de ideas, criterios y... acordes musicales.

Aún forma parte de la memoria musical montevideana las extraordinarias veladas en rueda, comenzadas en un instante y terminadas días y noches más tarde, después de interpretar sin interrupción las más diversas propuestas en los pianos Bösendorfer y Grotrian-Steinweg, a disposición de los participantes. En la ejecución del piano a cuatro manos, en diversas ocasiones el compositor y director de orquesta madrileño Enrique Casal Chapí, asiduo huésped, tocaba el teclado en los graves mientras se sucedían los intérpretes en los agudos. En otro orden y no menos importante, los talentosos uruguayos Eduardo Fabini, Jaurés Lamarque Pons y grandes artistas extranjeros como los pianistas J. Turchinsky y Jorge Demus, el barítono francés Gérard Souzay y la soprano Ninon Vallin, ofrecieron conciertos en la residencia.

CULTURA Y SOLIDARIDAD

En la casaquinta nacieron y vivieron los hijos de Paul Pouyanne, la talentosa pianista y profesora Renée Bonnet Pouyanne y el coreógrafo y bailarín Alberto Pouyanne, fundador del ballet del Sodre. El particular modo de entender la cultura, el arte y la solidaridad creativa por el matrimonio Pietrafesa-Bonnet permitió que la casaquinta y sus habitaciones albergasen a personalidades relevantes: Guillermo Kolischer, pianista, compositor y docente de música clásica, polaco natura-

lizado uruguayo, fundador de la primera escuela de piano en Uruguay, en 1916, que residió con su familia como invitado hasta que pudo acceder a una vivienda para él y su familia; Héctor Tosar, virtuoso pianista, director de orquesta y compositor vanguardista, residió en allí con su esposa e hijos; Raquel Adonaylo, cantante y pianista; el prestigioso organista Ángel Turriziani, fundador de la primera escuela de órgano en Uruguay, y el guitarrista Amílcar Rodríguez Inda, entre otros.

TEMPLO DE LA MÚSICA

En 1964 tuvo lugar, en el prestigioso Templo de la Música, como lo nombró la crítica musical, el Primer Festival de Música de Cámara al aire libre de Montevideo, organizado por la sucesora de la tradición familiar, la inquieta y talentosa Renée Pietrafesa Bonnet. Pianista, compositora, organista, clavecinista, directora y profesora, colaboró en la organización e invitación a todos los solistas y conjuntos instrumentales y vocales uruguayos de ese momento. Para la oportunidad, creó la orquesta de cámara Ars Musicae, de reconocida actuación en nuestro medio.

Desde esa fecha y hasta hoy, tanto en los jardines de la casaquinta como en uno de los subsuelos, se realizaron ciclos de conciertos abiertos al público, que contaron siempre con la adhesión de quienes conocen y apoyan la calidad inusual de las manifestaciones artísticas fomentadas por la familia Pietrafesa y dirigidas por Renée.



Renée Pietrafesa Bonnet al piano

Asimismo, a lo largo de toda su rica historia, en la que siempre se buscó conjugar el aspecto didáctico con el de la difusión musical, esta casa recibió y dio a conocer públicamente a generaciones de jóvenes talentos de la música uruguaya, labor que continúa realizando.

CENTRO CULTURAL RENÉE BONNET

En 2009 se constituyó, con sede en la casaquinta, el Espacio Cultural Renée Bonnet, apoyado por la Asociación Civil Pietrafesa, con personería jurídica. El Espacio, básicamente, alberga las actividades naturales que lleva adelante la talentosa musicóloga, compositora e intérprete musical Renée Pietrafesa Bonnet, que lo expresa en modo literario: *En ese escenario rehabilitado, se despliega un programa cuya viabilidad ya fue confirmada en el pasado. Se incluyen las actividades propias de mi gestión en el área cultural, más aquellas que le son conexas y mutuamente enriquecedoras. Se continuará, entonces, con los conciertos formales y ensayos de la orquesta Ars Musicae, que tengo el gusto de dirigir; charlas y sesiones de capacitación de cantantes e instrumentistas.*

Esta serie de actividades que se llevan a cabo permitirán mantener viva la memoria esencial de la vieja casa en cuanto sigue abierta la posibilidad de llenar su espacio con armonías sonoras. Que el Espacio Cultural Renée Bonnet propicie las confluencias dinámicas, los solapes disciplinarios, las visiones multifacéticas, en fin, un artefacto espacial comunicante y multidireccional.

Es el desafío patrimonial, agregamos.